

ra á la bahía de Nápoles; y en el momento que la goleta entraba en el puerto, un soto ardiendo, cubriendo de humo la Punta di Girato, recordaba al Vesubio y aumentaba el parecido. Para que fuese completo, sería preciso que un ejército de Attila viniese á acampar en los alrededores de Nápoles; porque todo está muerto y desierto en las proximidades de Ajaccio.

En lugar de esas elegantes fábricas que se descubren por todas partes desde Castellamare hasta el cabo Misena, no se ve alrededor del golfo de Ajaccio más que sombríos bosques, y detrás, montañas peladas. Ni una ciudad, ni una vivienda. Solamente aquí y allá, sobre las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan aisladas sobre un fondo de verdura; son capillas funerarias, tumbas de familia. Todo, en este paisaje, es de una belleza grave y triste. El aspecto de la ciudad, sobre todo en esta época, aumentaba aún la impresión causada por la soledad de sus alrededores. Ningún movimiento en las calles, donde sólo se encuentran algunas figuras ociosas, y siempre las mismas. Ninguna mujer, sino algunas campesinas que vienen á vender sus géneros.

No se oye hablar alto, reír, y cantar, como en las ciudades italianas. Algunas veces, á la sombra de un árbol del paseo, una docena de campesinos armados juegan á las cartas ó presencian el juego. No gritan, no disputan nunca; si el juego se anima, se oyen entonces pistoletazos, que siempre preceden á la amenaza.

El corso es de por sí grave y silencioso.

Por las tardes, aparecen algunas figuras para gozar del fresco, pero los paseantes del *Cours* son casi todos extranjeros. Los insulares quedan en sus puertas; cada uno parece al acecho como el alcón en su nido.



IV

Después de haber visitado la casa donde nació Napoleón, después de haberse procurado por medios más ó menos católicos un poco del papel de la tapicería, miss Lydia, dos días después de haber desembarcado en Córcega, se sintió invadida por una profunda tristeza, como debe suceder á todo extranjero que se encuentre en un país cuyas costumbres insociables parecen condenarlo á un completo aislamiento. Se arrepintió de su deseo; pero partir en seguida, hubiera sido comprometer su reputación de viajera intrépida; miss Lydia se resignó, pues, á tener paciencia y á matar el tiempo como mejor pudiera. En esta generosa resolución, preparó lápices y colores, trazó vistas del golfo, é hizo el retrato de un campesino moreno, que vendía melones, como un hortelano del continente, pero que tenía una barba blanca y el aire del más feroz bandido que se pueda ver. No bastando esto para distraerla, resolvió trastornar la cabeza al descendiente de los cabos, y no era difícil la cosa, porque, lejos de apresurarse para volver á su pueblo, Orso parecía estar

contento en Ajaccio; bien que él no veía á nadie. Por otra parte, miss Lydia se había propuesto un noble objeto, el de civilizar á este oso de las montañas, y hacerle renunciar á los siniestros designios que lo llevaban á su isla. Desde que se tomó el trabajo de estudiarlo, se había dicho que sería una pena dejar á este joven correr á su pérdida, y que para ella sería glorioso convertir á un corso.

Los días se pasaban para nuestros viajeros del modo siguiente: por la mañana, el coronel y Orso salían á cazar; miss Lydia dibujaba ó escribía á sus amigas, á fin de poder fechar sus cartas en Ajaccio; hacia las seis, volvían los hombres cargados de caza; se comía, miss Lydia cantaba, el coronel se dormía, y los jóvenes quedaban hablando hasta muy tarde.

Yo no sé qué formalidad de pasaporte había obligado al coronel Nevil á hacer una visita al prefecto; éste, que se aburría mucho, así como la mayor parte de sus colegas, había quedado encantado al saber la llegada de un inglés, rico, hombre de mundo y padre de una linda señorita; así es que lo recibió perfectamente y lo abrumó de ofrecimientos de servicios; además, muy pocos días después, vino á pagarle la visita. El coronel, que acababa de levantarse de la mesa, estaba confortablemente recostado en el sofá, muy próximo á dormirse; su hija cantaba ante un piano deteriorado; Orso volvía las hojas de sus cuadernos de música, y miraba los hombros y el cabello rubio de la profesora. Se anunció al señor prefecto; el piano enmudeció, el coronel se levantó, se frotó los ojos, y presentó el prefecto á su hija:

—No os presento al señor della Rebbia, dijo, porque lo conocéis sin duda.

—¿Este señor es el hijo del coronel della Rebbia? preguntó el prefecto con un todo ligeramente embarazado.

—Sí, señor, respondió Orso.

—He tenido el honor de conocer á vuestro padre.

Los motivos comunes de conversación se agotaron muy pronto. A pesar suyo, el coronel bostezaba con mucha frecuencia; en su calidad de liberal, Orso no quería hablar á un satélite del poder; sólo miss Lydia sostenía la conversación. Por su parte, el prefecto no la dejaba languidecer, y era evidente que tenía un vivo deseo de hablar de París y del mundo á una mujer que conocía todas las notabilidades de la sociedad europea. De cuando en cuando, y sin dejar de hablar, observaba á Orso con una curiosidad singular.

—¿En el continente es donde habéis conocido al señor della Rebbia? preguntó á miss Lydia.

Miss Lydia respondió con algún embarazo que se habían conocido en el navío que los había conducido á Córcega.

—Es un joven muy distinguido, dijo el prefecto á media voz. ¿Y os ha dicho, continuó aún más bajo, con qué intención vuelve á Córcega?

Miss Lydia tomó un aire majestuoso:

—No se lo he preguntado, dijo; podéis interrogarle.

El prefecto guardó silencio; pero, un momento después, oyendo á Orso dirigir al coronel algunas palabras en inglés:

—Habéis viajado mucho, dijo, á lo que parece. Debéis haber olvidado la Córcega... y sus costumbres.

—Es verdad, yo era muy joven cuando la abandoné.

—¿Seguís perteneciendo al ejército?

—Estoy á medio sueldo.

—Habéis estado mucho tiempo en el ejército francés, para no haberos hecho francés, no lo dudo. Pronunció estas últimas palabras con un énfasis marcado.

No es adular prodigiosamente á los corsos recordarles que pertenecen á la gran nación. Ellos quieren ser un pueblo aparte, y esta pretensión, la justifican muy bien para que se le conceda.

Orso, un poco picado, replicó:

—¿Creéis, señor prefecto, que un corso, para ser hombre de honor, tenga necesidad de servir en el ejército francés?

—Ciertamente que no, dijo el prefecto, no ha sido ese mi pensamiento: yo hablo solamente de ciertas *costumbres* de este país, de las cuales no son algunas como un administrador quisiera que fuesen.

Apoyó la palabra *costumbres*, y tomó la expresión más grave que pudo. Muy poco después, se levantó y salió, llevando la promesa de que miss Lydia iría á ver á su mujer á la prefectura.

Cuando se hubo marchado:

—Era preciso que yo viniese á Córcega, dijo miss Lydia, para saber lo que es un prefecto. Este me parece bastante amable.

—Por mi parte, dijo Orso, no podría decir lo mismo, y me parece muy singular con su aire enfático y misterioso.

El coronel estaba más que adormecido; miss Lydia lo miró, y bajando la voz:

—Y yo, yo hallo, dijo, que no es tan misterioso como pretendéis, porque creo haberle comprendido.

—Sois seguramente muy perspicaz, miss Nevil; y si véis alguna idea en lo que acaba de decir, seguramente es necesario que la hayáis puesto vos.

—Es una frase del marqués de Mascarille, señor della Rebbia, según creo; pero, ... ¿queréis que os dé una prueba de mi penetración? Soy un poco adivina, y sé lo que piensan las gentes que he visto dos veces.

—¡Dios mío! me asustáis. Si sabéis leer en mi pensamiento, no sé si debo alegrarme ó tristecerme...

—Señor della Rebbia, prosiguió miss Lydia poniéndose colorada, sólo nos conocemos desde hace unos días; pero en el mar y en los países bárbaros,—espero me dispensaréis...—en los países bárbaros nace más pronto la amistad que en el mundo... Así, no os admiréis si os hablo como amiga de cosas un poco íntimas y en las cuales quizás no debiera mezclarse un extraño.

—¡Oh! no pronuncies esa palabra, miss Nevil; la otra me agrada mucho más.

—Pues bien; debo deciros que sin haber tratado de saber vuestros secretos, los conozco en parte, y hay algunos que me afligen. Yo sé la desgracia que ha herido á vuestra familia; se me ha hablado mucho del carácter vengador de vuestros compatriotas y de su manera de vengarse... ¿No era á eso á lo que el prefecto hacía alusión?

—Mis Lydia... puede pensar... Y Orso se puso pálido como la muerte.

—No, señor della Rebbia, repuso interrumpiéndole; yo sé que sois un hombre de honor. Vos mismo me habéis dicho que en vuestro país solamente las gentes del pueblo conocen la *vendette*... que os agrada llamar una forma del duelo...

—¿Me creeríais, pues, capaz de convertirme en un asesino?

—Puesto que os hablo de eso, señor Orso, comprenderéis que no dudo de vos, y si os he habla-

do, prosiguió bajando los ojos, es porque he comprendido que de vuelta en vuestro país, rodeado quizás de bárbaras preocupaciones, estaríais muy contento sabiendo que hay alguno que os estima por vuestro valor á resistirlos.—Vamos, dijo levantándose, no hablemos más de esas malas cosas: ellas me producen dolor de cabeza y además es muy tarde. ¿ Vos no querréis que me duerma? Buenas noches á la inglesa. Y le tendió la mano. Orso la tomó con aire grave y penetrado.

—Señorita, dijo, ¿ sabéis que hay momentos en que el instinto del país se despierta en mí? ¡ A veces, cuando pienso en mi pobre padre... tengo espantosas ideas, Gracias á vos, estoy libre de ellas para siempre. Gracias, gracias!

Iba á proseguir, pero miss Lydia dejó caer una cucharilla y el ruido despertó al coronel.

—¡ Della Rebbia, mañana á las cinco á cazar! Sed exacto.

—Sí, mi coronel.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Cdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

V

Al día siguiente, un poco antes del regreso de los cazadores, miss Nevil, volviendo de un paseo á orillas del mar, ganaba la hostería con su doncella, cuando notó á una joven vestida de negro, montada en un caballo de pequeña talla, pero vigoroso, que entraba en la población. Iba seguida de una especie de campesino, también á caballo, con chaqueta de paño obscuro, agujereada por los codos, una calabaza en bandolera, y una pistola pendiente de la cintura; en la mano, un fusil, cuya culata descansaba en un bolsillo de cuero atado al arzón de la silla; en una palabra, en traje completo de bandido de melodrama, ó de burgués corso que viaja. La notable belleza de la mujer atrajo desde luego la atención de miss Nevil. Parecía tener una veintena de años. Era alta, blanca, los ojos azul obscuro, la boca rosa, los dientes como el esmalte. En su expresión se leía á la vez el orgullo, la inquietud y la tristeza. En la cabeza, llevaba ese velo de seda negra llamado *mezzaro*, que los genoveses han

introducido en Córcega, y que sienta tan bien á las mujeres. Largas trenzas de cabello castaño le formaban como un turbante alrededor de la cabeza. Su traje era aseado, pero de la mayor sencillez.

Miss Nevil tuvo tiempo sobrado para considerarla, porque la dama del *mezzaro* se había detenido en la calle á preguntar á uno con mucho interés, como parecía por la expresión de sus ojos; después, por la respuesta que le dieron, dió un varazo á su montura, y, tomando el gran trote, se detuvo á la puerta del hotel donde se albergaban sir Thomas Nevil y Orso.

Allí, después de haber cambiado algunas palabras con el dueño, la joven saltó diestramente de su caballo y se sentó en un banco de piedra al lado de la puerta de entrada, mientras que su escudero conducía los caballos á la cuadra. Miss Lydia pasó con su traje parisién por delante de la desconocida sin que ésta levantase los ojos. Un cuarto de hora después, abrió la ventana y vió aún á la dama del *mezzaro* sentada en el mismo sitio y en la misma actitud. Muy pronto aparecieron el coronel y Orso, volviendo de la caza.

Entonces el dueño del hotel dijo algunas palabras á la señorita enlutada y le designó con el dedo á della Rebbia. Entonces enrojeció, se levantó con vivacidad, dió algunos pasos hacia adelante, y después se quedó inmóvil y como sobrecogida. Orso estaba muy cerca de ella, contemplándola con curiosidad.

—¿Vos sois, dijo con emocionada voz, Orso Antonio della Rebbia? Yo, yo soy Colomba.

—¡Colomba! gritó Orso.

Y, cogiéndola en sus brazos, la abrazó tiernamente, lo que admiró algo al coronel y á su

hija; porque, en Inglaterra, no se abraza en la calle.

—Hermano mío, dijo Colomba, me perdonaréis si he venido sin vuestro permiso; pero supe por nuestros amigos que habíais llegado, y era para mí tan gran consuelo el veros...

Orso la abrazó de nuevo; después, volviéndose hacia el coronel:

—Es mi hermana, dijo, que yo no hubiera reconocido si ella no lo hubiera dicho.—Colomba, el coronel sir Thomas Nevil.—Coronel, dispensadme, pero no podré tener el honor de comer hoy con vos... Mi hermana...

—¡Oh! ¿dónde diablo queréis comer, amigo mío? gritó el coronel; sabéis muy bien que sólo hay una comida en esta maldita fonda, y esa es para nosotros. Vuestra hermana hará un gran placer á mi hija uniéndose á nosotros.

Colomba miró á su hermano, que no se hizo rogar mucho, y todos juntos entraron en la habitación mayor de la casa, que servía al coronel de salón y de comedor. La señorita della Rebbia, presentada á miss Nevil, le hizo una profunda reverencia, pero no dijo una palabra. Se comprendía que estaba muy espantada, y que quizás por primera vez en su vida, se hallaba en presencia de extraña gente de mundo. Sin embargo, no había nada en sus maneras que delatara á la provinciana.

En ella la extrañeza ocultaba la rudeza. Por esto mismo agradó á miss Nevil; y, como no había en el hotel habitación disponible, miss Lydia llevó su condescendencia ó su curiosidad hasta ofrecer á la señorita della Rebbia hacerle poner una cama en su propio dormitorio.

Colomba balbuceó algunas palabras de agradecimiento y se apresuró á seguir á la doncella de miss Nevil para hacer en su tocador los pe-

queños arreglos que hacen necesarios un viaje á caballo por el polvo y el sol.

Al entrar en el salón, se detuvo á contemplar los fusiles del coronel, que los cazadores acababan de depositar en un rincón.

—¡Qué bonitas armas! dijo; ¿son vuestras, hermano mío?

—No, son fusiles ingleses del coronel. Son tan buenos como bonitos.

—Bien quisiera que tuvieseis uno parecido, dijo Colomba.

—Ciertamente hay uno entre esos tres que pertenece á della Rebbia, dijo el coronel; se sirve muy bien de él. Hoy de catorce disparos, ¡catorce piezas!

En seguida se estableció un combate de generosidad, en el cual Orso fué vencido, con gran satisfacción de su hermana, como era fácil observar por la expresión de júbilo infantil que brilló de repente en su rostro, antes tan serio.

—Escojed, amigo mío, decía el coronel.

Orso rehusaba.

—¡Pues bien! vuestra hermana escogerá por vos. Colomba no se lo hizo repetir: tomó el menos adornado de los fusiles, pero era un excelente Manton de grueso calibre.

—Este, dijo, debe guiar bien la bala.

Su hermano se turbaba en su agradecimiento, cuando apareció la comida muy á propósito para terminar la cuestión. Miss Lydia quedó encantada al ver que Colomba, que había hecho alguna resistencia para sentarse á la mesa, y que sólo había cedido por una mirada de su hermano, hacía como buena católica el signo de la cruz antes de comer.

—Bueno, se dijo, he ahí algo primitivo.

Y se prometió hacer más de una observación interesante sobre esta joven representante de las

antiguas costumbres de la Córcega. Orso, estaba un poco violento por temor sin duda de que su hermana digese ó hiciese algo que oliese á su lugar.

Pero Colomba lo observaba sin cesar y regulaba todos sus movimientos por los de su hermano. A veces ella lo consideraba fijamente con una extraña expresión de tristeza; y entoncés, si los ojos de Orso se encontraban con los suyos, era el primero que miraba para otro lado, como si quisiera sustraerse á una pregunta que su hermana le hacía mentalmente y que él comprendía muy bien.

Se hablaba francés, porque el coronel se expresaba muy mal en italiano. Colomba entendía el francés, y hasta pronunciaba muy bien las pocas palabras que se veía obligada á cambiar con sus huéspedes.

Después de la comida, el coronel, que había notado la especie de encogimiento que reinaba entre el hermano y la hermana, preguntó con su acostumbrada franqueza á Orso si deseaba hablar á solas con ella, ofreciendo en tal caso pasar con su hija á la pieza inmediata. Pero Orso se apresuró á darle gracias y le dijo que ya tendría tiempo de hablar en Pietranera. Este era el nombre del lugar donde tenía su residencia.

El coronel ocupó, pues, su sitio acostumbrado en el sofá, y miss Nevil, después de haber buscado varios motivos de conversación, desesperando de hacer hablar á la bella Colomba, rogó á Orso le leyera un canto del Dante: este era su poeta favorito. Orso escogió el canto del infierno donde se halla el episodio de Francesca da Rimini, y se puso á leer, acentuando cuanto pudo los sublimes tercetos, que expresan tan bien el peligro de leer entre dos un libro de amor.

A medida que leía, Colomba se aproximaba á

la mesa, y levantaba la cabeza que había tenido baja; sus dilatadas pupilas brillaban con un fuego extraordinario: enrojecía ó palidecía sucesivamente, y se agitaba convulsivamente en su silla.

¡Admirable organización italiana, que, para comprender la poesía, no tiene necesidad que un pedante le demuestre sus bellezas!

Cuando hubo terminado la lectura:

—¡Qué hermoso es eso! gritó. ¿Quién lo ha escrito, hermano mío?

Orso se desconcertó un poco y miss Lydia respondió sonriendo que era un poeta florentino muerto hacía varios siglos.

—Yo te haré leer el Dante, dijo Orso, cuando estemos en Pietranera.

—Dios mío, ¡qué hermoso es eso! repetía Colomba: y dijo tres ó cuatro tercetos que había retenido, al principio en voz baja, después, animándose, los declamó muy alto, con más expresión que su hermano le había dado al leerlos.

Miss Lydia muy admirada:

—Perecéis amar mucho la poesía, dijo. ¡Os envidio la felicidad que sentiréis al leer el Dante por vez primera!

—Ya veis, miss Nevil, decía Orso, qué poder tienen los versos del Dante, para conmover así á una pequeña salvaje que sólo conoce su Pater... Pero me equivoco: recuerdo que Colomba es del oficio. Muy niña, se ejercitaba en hacer versos, y mi padre me escribía que ella era la mejor *voceratrice* de Pietranera y de dos leguas á la redonda.

Colomba dirigió una mirada suplicante á su hermano. Miss Nevil había oído hablar de las improvisadoras corsas y moría de deseo de oír una. Así es que se apresuró á rogar á Colomba le diese una muestra de su talento. Orso se interpuso entonces, muy contrariado por haberse re-

cordado tan bien de las disposiciones poéticas de su hermana. Por más que juró que no había nada tan vulgar como una batalla corsa, protestando que recitar versos corsos después de los del Dante, era traicionar á su país, sólo consiguió irritar el capricho de miss Nevil, y se vió al fin obligado á decir á su hermana:

—¡Pues bien! improvisa algo, pero que sea breve.

Colomba lanzó un suspiro, miró atentamente durante un minuto al tapiz de la mesa, y después las vigas del techo; en fin, poniendo la mano sobre sus ojos, como esas aves que se tranquilizan y creen no ser vistas cuando ellas mismas no se ven, cantó, ó mejor dicho, declamó con voz insegura la *serenata* siguiente:

La jovencita y la paloma.

«En el valle, muy lejos detrás de las montañas, —sólo alumbra el sol una hora al día; —hay en el valle una casa sombría, —y la hierba cubre allí el suelo. —Las puertas y ventanas están siempre cerradas. —Ningún humo sale por la chimenea. —Pero á medio día, cuando llega el sol, —se abre una ventana, —y la huérfana se sienta, hilando en su rueca: —ella hila y canta trabajando —un canto de tristeza; —pero ningún otro canto responde al suyo. —Un día, un día de primavera, —una paloma se posó sobre un vecino árbol, —y oyó el canto de la joven. —Joven, le dijo, no lloras tú sola —un cruel gavilán me arrebató mi compañero. —Paloma, muéstrame el gavilán arrebatador; —se fué tan alto como las nubes, —yo lo hubiera derribado en seguida en tierra. —Pero yo, pobre joven, ¿quién me devolverá mi hermano, —mi hermano que está ahora en lejanos países? —Joven, dime dónde está tu hermano, —y mis alas me llevarán á su lado.»

30546

UNIVERSIDAD DE MANDO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MANTONIA 1925

—¡He ahí una paloma bien educada! repuso Orso abrazando á su hermana con una emoción que contrastaba con el tono de chanza que afectaba.

—Vuestra canción es preciosa, dijo miss Lydia. Deseo que me la escribáis en mi álbum. La traduciré al inglés y la haré poner en música.

El bravo coronel, que no había comprendido nada, unió sus cumplimientos á los de su hija. Después agregó:

—¿Esa paloma de que habláis, señorita, es un pájaro que hemos comido hoy á la crapodina?

Miss Nevil llevó su álbum y no quedó poco sorprendida al ver á la improvisadora escribir su canción manejando el papel de un modo especial. En lugar de estar en una sola línea, los versos se seguían, tanto como lo permitía el ancho del papel, de modo que no correspondían á la conocida definición de las composiciones poéticas: «Pequeñas líneas de desigual largura, con un margen á cada lado». Había que hacer también algunas observaciones sobre la ortografía un poco caprichosa de Colomba, quien, más de una vez, hizo sonreír á miss Nevil, mientras que la vanidad fraternal de Orso estaba en un suplicio.

Habiendo llegado la hora de acostarse, las dos jóvenes se retiraron á su habitación.

Allí, mientras que miss Lydia se quitaba el collar, las argollas y brazaletes, observó que su compañera retiraba de su bata una cosa larga como una ballena de corsé, pero de muy diferente forma.

Colomba lo puso con cuidado y casi furtivamente bajo su *mezzaro* que estaba sobre una mesa; después se arrodilló y rezó devotamente sus oraciones. Dos minutos después, estaba en su lecho. Muy curiosa por naturaleza y lenta como una inglesa en desnudarse, miss Lydia se apro-

ximó á la mesa, y, fingiendo buscar un alfiler, levantó el *mezzaro* y vió un estilete bastante largo, curiosamente montado en nácar y plata; el trabajo era notable, y era un arma antigua y de gran precio para un aficionado.

—¿Es costumbre aquí, dijo sonriendo miss Nevil, que las señoritas lleven este pequeño instrumento en el corsé?

—Es muy necesario, respondió Colomba suspirando. ¡Hay tanta gente mala!

—¿Y tendríais valor para dar un golpe así?

Y miss Nevil, con el estilete en la mano, simulaba dar un golpe, como se da en el teatro, de arriba abajo.

—Sí, si fuera necesario, dijo Colomba con su voz dulce y musical, para defenderme ó defender á mis amigos... Pero no es así como debe cogerse; podríais heriros, si la persona que queréis herir se retirase. E incorporándose en la cama: Tomad, es así, remontando el golpe. Se dice que dándolo así, es mortal. ¡Felices los que no tienen necesidad de usar tales armas!

Ella suspiró, dejó caer su cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. No se hubiera podido ver una cabeza más bella, más noble, más virginal. Phidias, para esculpir á su Minerva, no hubiera deseado otro modelo.

